

LA ILUSTRACION DE LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO DE LA ASOCIACION BENÉFICA DE SEÑORAS LA ESTRELLA DE LOS POBRES

Educacion física, intelectual y moral de la mujer. — Caridad y Beneficencia.
Justicia. — Proteccion mútua.LOS PRODUCTOS DE LAS SUSCRICIONES DE ESTA REVISTA SE DESTINARÁN A LA CREACION
DE ESCUELAS GRATUITAS PARA NIÑAS POBRES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias: Un trimestre seis reales y veintidos al año. — Los maestros y maestras de educacion, seis reales trimestre, diez semestre y veinte por un año. — Ultramar y extranjero, el doble.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en las principales librerias, y en la Direccion. Redaccion y Administracion, calle de Jesus del Valle, número 7 cuarto principal derecha, donde se dirigirán los pedidos.

SUMRIO

Advertencia. — El trabajo, por Sofia Tartilan. — La Muerte, por Javier Tort y Martorel. — Variidades: Las Mujeres pintadas por sí mismas, por Matilde Cherner. — Mesa revuelta: El empleado modelo, por José Estévan Bravo. — La luna de miel (balada) por Luis Montoto. — Suelto. — Seccion de anuncios.

ADVERTENCIA.

Los señores abonados á la *Revista Artistico-Literaria*, de Sevilla, que se hallan pendientes de pago de la suscripcion y que continúan recibiendo nuestro periódico, se servirán abonar sus atrasos en esta Administracion, por medio de libranzas del giro mútuo ó en sellos de franqueo.

Igual súplica hacemos á los suscritores de LA ILUSTRACION DE LA MUJER que se encuentran en el mismo caso, pues de no verificarlo en todo el mes entrante, cesaremos de remitirles la publicacion.

EL TRABAJO

La retribucion del trabajo de la mujer es hace mucho tiempo el caballo de batalla de las teorías reformadoras. Muchos de los utopistas que sueñan con la emancipacion de la mujer, sin haber comprendido el verdadero sentido de esta palabra, han tocado la cuestion, pero de una manera imperfecta y ambigua. No pretenden ahora dilucidar cuál es la verdadera emancipacion de la mujer, ni por qué seguirá siendo tan esclava como hoy se la su-

pone, despues de haber alcanzado todos sus derechos, tal vez sin comprenderlos muy bien, y sobre todo sin ocuparse de los deberes que estos derechos y su ejercicio llevan consigo. Estas consideraciones, de un orden superior, las hemos tratado ya, y las volveremos á tocar cuando continuemos ocupándonos de la *Educacion de la mujer*. Lo que hoy servirá de tema al presente artículo es lo que, segun nuestro juicio, encierra en sí el problema social que hace tanto tiempo se trata de resolver; esto es, si la mujer puede ó no vivir por sí misma, sin que las necesidades materiales de la vida la arrojen en la sima del vicio por la rápida pendiente de la miseria.

Algo, sin duda, se viene adelantando en este asunto. Hoy la mujer encuentra en las grandes fábricas ocupaciones que hace algunos años esplotaban sólo los hombres; pero ninguna de las condiciones en que se han llevado á cabo estas reformas favorece ni mejora la clase de la mujer obrera.

Como quiera que la innovacion de introducir brazos femeninos en los talleres no ha obedecido á un fin humanitario, cual debia ser el de proporcionar á la mujer los medios de procurarse la subsistencia de un modo decoroso, sino al fin egoista, de obtener resultados ventajosamente productivos para los dueños de las fábricas y talleres, que han visto el modo de tener el mismo producto de trabajo con menos desembolso, de aquí que, léjos de remediar el mal, éste haya crecido y crezca cada dia.

Con una injusticia punible á todas luces, el trabajo de la mujer, llevado á cabo con la misma perfeccion que lo hacian ántes los hombres



en aquellas manufacturas, en las que, no la fuerza material, sino la inteligencia y buena comprension es el todo; con una injusticia visible, repetimos, se retribuye mucho más bajo que cuando lo ejecutaban brazos masculinos. Ahora bien: ¿á quién aprovecha, pues, el que la mujer haya encontrado entrada en los talleres? No es seguramente á ella que, consumiendo su vida en un trabajo asiduo y constante, no alcanza ni aún con penuria á cubrir sus más apremiantes necesidades; no es á la madre de familia, que tiene que abandonar el cuidado de sus tiernos hijos para encerrarse en una fábrica diez horas cada día, y aún así no puede llevarles pan en abundancia: es sólo á los especuladores que, prontos á sacar provecho de todo, acogieran las ideas vertidas un día y otro por los reformistas, por las que pedian con la mejor buena fe trabajo para la mujer, para que esta fuese libre y pudiera vivir honrada en su aislamiento ó ayudar á su esposo y á sus hijos, abriendo sus talleres, recibieran en ellos á la mujer; pero con la miserable condicion de que su trabajo seria despreciado por más perfecto que fuese.

Como no hay mala causa que no tenga su autor, á lo que llevamos dicho oponen como buena razon los que aún creen que la mujer ha ganado mucho con estas reformas, oponen, repetimos, la razon de que ántes, hace algunos años, ni este escaso recurso tenian las mujeres; que todos los oficios, absolutamente todos, los desempeñaban los hombres; que lo primero que se creyó que podrian hacer las mujeres fué, en Francia, la iluminacion de pañales de abanicos y la pintura en porcelana, y que esto fué ya un gran adelanto que aplaudió toda la Europa. Pero decimos nosotros, ¿por qué tratándose del bien hemos de mirar á lo pasado y no á lo futuro? El que hace un siglo el mal que hoy lamentamos fuera mayor, no es una razon para que no se trate de disminuir el que aún existe.

La humanidad, ni retrocede, ni se detiene; porque ni tales son las leyes naturales, ni tal la voluntad de la Providencia. Por el contrario, el progreso es su destino, y para cumplirlo en todas las cosas no es hácia atrás adonde debe mirar, sino hácia adelante.

Volviendo al asunto que veniamos tratando, el trabajo de la mujer está mal retribuido, y la necesidad harto palpable; que el mal que la mujer encuen-

tre ocupacion no remedia ningun mal, es también demasiado claro, y que las reformas sólo han aprovechado á los especuladores, lo prueba lo poco que hemos dicho y lo mucho que aún podria decirse sobre la materia.

Suponer que si la clase obrera encontrara en el trabajo el bienestar material y la tranquilidad moral que produce una vida activa y ocupada, pero sin graves penurias, teniendo holgura en el presente y esperanza en el porvenir, seria, sin embargo, viciosa turbulenta, es suponer en ella el mal intuitivo, innato, é inferirla una grave ofensa. Esto por lo que hace al hombre, puesto que casi por un convenio tácito, al hablar de una clase se excluye siempre á la mujer. Ahora bien: haciendo á ella extensiva esta misma suposicion, creen que si el trabajo de la mujer estuviera equitativamente retribuido, y si con asiduidad y aplicacion ésta encontrara en sus tareas los elementos para atender á sus necesidades; que si en lugar de un trabajo, muchas veces penoso y superior á sus fuerzas, que no sólo no la ofrece recursos para una escasa alimentacion, sino que además destruye su salud, marchita sus gracias y la deja para el presente y para el porvenir sumida en la miseria, encontrara ocupaciones fáciles, honestas y justamente retribuidas; suponer, repetimos, que aún así se entregara al vicio y á la prostitucion y abandonara las fábricas y los obradores para correr en busca de más fáciles medios de obtener lo que podia darla el trabajo honrado, seria, asimismo inferir un agravio, no sólo á las pobres mujeres, sino á la Providencia, á los padres, á la sociedad entera; pues seria tanto como creer que el vicio era innato en el corazon, y que la educacion, la sociedad y las leyes no tenian poder alguno para mejorar tan fatales disposiciones.

El trabajo de la mujer hace mucho tiempo que está siendo objeto de la más escandalosa explotacion, tanto el que de derecho le pertenece, como algunas de las industrias que ántes ejercian los hombres, y que á pretexto de filantropía, hoy se permite ejercer á las mujeres para obtenerlos con una retribucion menor.

Los hilados, los tejidos, la preparacion de conservas alimenticias, la iluminacion de pañales para abanicos, la cesteria, el ramo de agujas y alfileres, la fabricacion de cajas para fósforos, los fósforos de carton, el cordaje de navios, la fabricacion de redes de pescar, la

limpia del azúcar y el cacao y otras muchas industrias que en este momento no recordamos, las ejercían ántes los hombres, y por más que no fuera con grandes jornales, eran sin embargo más que el doble de lo que hoy se da á las mujeres por el mismo trabajo y por igual número de horas empleadas en él; estando además probado que no sólo lo ejecutan con igual perfección, sino con mejor en algunos casos, por ser la índole de ciertas faenas más á propósito para las condiciones de minuciosidad que forman parte del carácter femenino.

Aquí en la corte, en donde por desgracia parece que existen de derecho las letrinas á las que vienen á parar todas las inmundicias del resto de la nación, es en donde se conoce y podía fácilmente formarse la estadística de las provincias que dan mayor contingente de esas desgraciadas criaturas, que buscan en el vicio, más que la satisfacción de su amor al lujo y á la holganza, el medio de cubrir las primeras necesidades de la vida, que un trabajo mezquinamente pagado allá en su país no alcanzaba á llenar. Aquí es en donde puede verse prácticamente mucho de lo poco que vamos indicando en estas líneas; y si los que pueden y deben hacerlo levantarán la voz en nombre de la caridad y de la moral, quizá los especuladores del trabajo de la mujer se avergonzarán de enriquecerse con el sudor de esas infelices, que no son inferiores en nada á sus bellas esposas y á sus delicadas hijas.

SOFÍA TARTILAN.

LA MUERTE.

(Conclusion.)

Hice esta pregunta y me pareció que se abría el techo de mi casa y que yo me elevaba poco á poco al parecer, pero con rapidez suma, tras pasando, entre una ténue claridad que no me permitía distinguir lo que me rodeaba, la sutil atmósfera que cubre nuestro globo. Paré de repente en mi subida, extendí la mirada y se presentó ante mis ojos el cuadro más bello y admirable que imaginar pueda humana criatura.

El mundo, átomo imperceptible perdido en la inmensidad de la creación, presentábase á mis ojos en gigantescas dimensiones y con una forma piramidal. Mis ojos abarcaban toda su ex-

tensísima periferia, y no perdían ni un detalle de su construcción, ni un movimiento de sus infinitos millones de habitantes. Colinas gigantescas, amenísimos prados, ríos caudalosos, ciudades importantes, todo se extendía por las laderas de este monte gigantesco, de esta pirámide colosal que terminaba en una deliciosa meseta rodeada de un lago apacible por frescas y purísimas aguas formado en medio de la cual elevaba la cúspide brillante un grandioso edificio de no imaginable belleza, que en sus magníficas y cerradas puertas tenía en letras de oro escritas estas palabras: *Templo de la Felicidad*.

Contemplando extasiado tan vasto y curiosísimo panorama, vi á los hombres que nacían ya completamente desarrollados de cuerpo y de espíritu, pero también completamente desnudos, y al nacer todos tenían en su inteligencia una idea y en su pecho un deseo, el de escalar el templo de la Felicidad. Para ello cuidaban inmediatamente de vestirse, pero lo hacían con variedad infinita de trajes. Quién se calaba un uniforme militar y cogía una espada; quién se ponía una túnica negra y tomaba un crucifijo; quién cubría su cuerpo con harapos y extendía su diestra en señal de pedir. Luego tomaban todos distintas direcciones, y escogían unos con precipitación, otros tras largas meditaciones, entre los innumerables senderos que por todos lados encontraban. Estos, deslizándose por la senda del placer que era ancha y mala, lejos de acercarse á su ideal caían en un profundo abismo que al pie de la pirámide estaba, y que vi tenía por nombre *abismo de la miseria y de la enfermedad*; aquéllos, dejándose guiar por su razón limitada, si bien emprendían el camino del estudio, que era uno de los que más directamente conducían al misterioso lago, torcían más adelante por el atajo del extravío, yendo á derrumbarse en un mar cenagoso que á su fin se encontraba, llamado del error; sólo algunos pocos con los ojos al cielo, la mano en el corazón y la inteligencia en el trabajo, andaban con paso firme, siempre derechos á su fin y sin perderse nunca, por la quebrada senda de la virtud, desapacible á la vista y cansada en demasía, pero que conducía directamente á las orillas del misterioso lago; pero al tocar á ellas caían como heridos por un rayo, y las ondas tranquilas del agua tragaban sus cuerpos.

Admirado de que tuviese tan desastroso fin un tan brillante comienzo, y creyendo injusto

que se premia tan malamente y se premiase con tal castigo su justa vida y preclaras virtudes, ex...

¡Oh Dios! ¿Es esta tu justicia soberana y tu notable bondad? ¿Dónde está esa balanza terrible, pero exacta, que pesa las acciones buenas y las malas acciones? ¿Dónde está este premio del justo y este castigo que das al malvado?

Dije, y pareció como que mis órbitas se dilataban, como que se alargaba mi vista, y vi entonces en el mundo una infinidad de seres que habían sido imperceptibles hasta entonces para todo el mundo estaba poblado de una multitud de espectros descarnados que empuñaban largas guadañas y no hacían otra cosa que cortar el hilo de la vida á los pobres mortales. Algunos les pillaban al borde del error y caía en el abismo; al otro en el precipicio de las pasiones y se derrumbaba en él; y cuando llegaban á su fondo, lejos de gozar del reposo de los difuntos, padecían horribles dolores. Muchos se acababan su vida á orillas del lago de la muerte, que crecía en sus entrañas con un jardín eternamente bello, desde donde por una enramada que se alameda se pasaba al *Templo de la Felicidad*, donde no había nada que no fuese espiritual é incorpóreo.

Entonces aparecieron en el horizonte, como un arco iris de variados colores que circuía al mundo entero en grandes caracteres, estas palabras:

«La materia finita no puede llegar á la perfección. El hombre, para escalar el *Templo de la Felicidad*, debe desprenderse de la materia.

Se borraron estas palabras y quedé sumido en la oscuridad. Levanté la cabeza del libro y vi la llama de mi lámpara que agonizaba. Restreguéme los ojos y miré al reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Entonces lo comprendí todo. Embargado por mis ideas me había dormido, y un sueño fantástico me descubrió la solución del problema que tanto me preocupaba.

Verdaderamente, exclamé:

La muerte es la puerta de la vida.

JAVIER TORT Y MANTORELL.

VARIEDADES

LAS MUJERES PINTADAS POR SÍ MISMAS

CARTAS A SOFÍA

DE LA EDUCACION DE LAS MUJERES

CARTA QUINTA.

Antes de hablar de la educación de la mujer, ocupémonos de la educación en general, y sobre todo qué entendemos por educación.

No sé por qué al tratarse de nosotras, como si todos los escritores y escritoras se hubieran puesto de acuerdo, usan siempre la palabra educación y nunca la de instrucción ó ilustración, siendo así que, según nuestros diccionarios castellanos, *educación* no significa ciencia ni sabiduría, sino únicamente el conocimiento de las buenas reglas de sociedad, y este conocimiento lo poseen y lo han poseído siempre *a priori* las mujeres; diremos más: es innato en ellas, y ellas las que en este terreno dieron siempre lecciones á los hombres.

Convengamos, pues, en que al lamentar la falta de educación de las mujeres, no se refieren, los que este asunto han tratado y tratan, á las reglas de cortesania, á la finura del trato, á saber presentarse en un baile, en una visita, en un banquete, en un duelo, á ser en fin en palabras, en gestos, en risas, en actitudes, modelo de pulcritud, de elegancia y de buen tono.

Luego preciso es convenir que la decantada falta de educación en las mujeres no es esa, y que hemos de buscarla en otra parte; es decir, en su ignorancia, en su falta de saber.

¿Qué dirán los que tanto lamentan esta falta, si les pruebo yo aquí que están en un error al creer y lamentar la ignorancia de mi sexo, y que en punto á ignorancia, es decir, á falta de ciencia, es más supina la de los hombres?

Prescindiendo por completo de la población casi absoluta de todas las naciones, cual es la de los campos, fábricas y talleres, y entre la cual, por regla general, son las mujeres las más ilustradas, máxime ahora que habiéndose propagado la instrucción primaria hasta en la más misera aldea, vemos á cada paso entre las gentes de los campos matrimonios en los que la mujer es la que sabe leer y escribir; prescindiendo también por completo de todas las aristocracias, entre las que es casi idéntica la ilustración de ambos sexos, y sin que nos detenga-

mos á protestar del absurdo que encierra el pedir con tanta insistencia una mejora que sólo ha de alcanzar á un estado de los tres ó cuatro en que se dividen todas las modernas naciones, concretémonos, pues, á hablar de nuestra falta ó sobra de instruccion, y preguntemos: ¿qué saben más que las mujeres todos los hombres que pertenecen á lo que solemos llamar clase mediana?

Nuestra pregunta está muy concienzudamente formulada, y porque no se crea una disfrazada ironía, ahí va su explicacion:

Todo hombre que no ejerce un oficio tiene una profesion y necesita adquirir los conocimientos necesarios para desempeñarla.

Ahora bien; eliminando á los sabios y literatos, pues estos son excepciones más ó menos honrosas, ¿quieren decirme los hombres qué conocimientos, qué luces, qué ciencias poseen fuera de aquellas que les son indispensables á cada uno para desempeñar el cargo ó profesion que ejerce y del cual subsiste?

¿Y para qué habian las mujeres de adquirir unos conocimientos completamente inútiles para ellas, puesto que no son aptas; es decir, puesto que nuestras leyes las prohíben ejercer esas profesiones?

Al reclamar hoy con tanta insistencia los hombres la educacion ó ilustracion de las mujeres, ni han especificado qué clase de ilustracion ha de ser esta, ni mucho ménos si con ella ha de adquirir nuestro sexo el derecho de profesion.

Yo creo, sin temor de equivocarme, que ellos en todo piensan ménos en eso, y que al pedir tan repetidas veces la participacion al saber de las mujeres, no comprenden que esgrimen un arma que ha de volverse en contra de ellos, y que si las mujeres, siguiendo sus consejos, se dedicaran á seguir una carrera universitaria, pues hoy por hoy es el único y restringido medio de adquirir una sombra de lo que en el mundo se llama ciencia, concluirían, ó concluiríamos, por reclamar el derecho de profesarla, poniendo en un gran conflicto á los señores hombres que se creen tan sabios y á nosotras tan ignorantes, porque ellos saben curar enfermos, defender pleitos, confeccionar drogas, alinear puentes y carreteras, administrar caudales, dirigir una batalla ó una maniobra estratégica, orar en la tribuna, etc., y nosotras únicamente coser, bordar, apluchar, cuidar del gobierno interior

de nuestras casas, y ejercer, en fin, todos esos cargos peculiares á las mujeres (el primero de todos dominar siempre á los señores hombres) que nadie nos enseña, y que todas, cual más, cual ménos, sabemos á perfeccion.

Cuando yacen en la más supina ignorancia con respecto á lo que en el mundo hemos convenido en llamar ciencia, y cuya importancia y necesidad para bien vivir no es tan absoluta como quiere decirse; cuando yacen en la ignorancia las diezinueve vigésimas partes de la poblacion absoluta de España, pues no hace mucho que se decía que de cada cien hombres apenas llegaban á cinco los que sabian leer y escribir; nos parece, más que extraño, anómalo, el furor, desarrollado hoy entre nosotras en pro de la educacion de nuestro sexo, y sin que nadie abogue, no ya por la ilustracion, por la primera instruccion de toda esa clase ó estado.

Repetidísimos ejemplos nos han enseñado que no es el mejor medio para esclavizar ó dominar á los pueblos, pues todo viene á ser uno, sumirlos en la ignorancia, y sobre este punto han hablado ya bastante nuestros legisladores; mas como las leyes sociales y políticas son las mismas, el pueblo trabajador, como las mujeres, rechaza una instruccion que, además de falsa y sistemática, ninguna ventaja ha de reportarles en su modo de ser civil, social y político, ni hacerles salir de la ominosa tutela en que están.

En cuanto á la ciencia, tan decantada por aquellos que la poseen, sin recurrir á los dichos de grandes sabios, pues no es mi furor hacer citas, quiero demostrarles, así se burlen todo cuanto gusten de mi demostracion, que su ciencia tiene más de aparente que de real, y que su utilidad no está aún reconocida prácticamente. Es decir, que lo que llamamos en el mundo ciencia no lo es tan absolutamente como creemos.

NATILDE CIERNER.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA

EL EMPLEADO MODELO

Paseábame yo no há muchos dias por la calle llamada de las Sierpes buscando asunto para un artículo de costumbres, cuando la casualidad me deparó materia más que suficiente al sentir

que me tocaban en el hombro y escuchar un amistoso «Adios, Sr. Bravo.»

Volvíme sorprendido, en atencion á que la voz me era extraña, y halléme ante un jóven mofletudo, como de veinte años, de sonrisa pueril é inocentona, á cuyos ojos, que cubria una masa carnosa, asomaba toda la oscuridad de su cerebro.

Creí al pronto que me había tomado por algun amigo ó conocido suyo, lo cual no deja de ser una equivocacion que suele ocurrir frecuentemente; pero el jóven desvaneci6 tal creencia diciendo:

—Celebro mucho el encontrarle. He esperado á Vd. en su casa..... y como pienso partir mañana de Sevilla y nuestro amigo D. Leovigildo Huertas.....

—Ah!..... ¿es Vd. amigo de D. Leovigildo? exclamé.

—Sí, señor; su familia y la mia puede decirse que constituyen una sola.

—¿Y á qué debo la satisfaccion de.....

—Qué, ¿ya no se acuerda Vd. de mí? dijo, encaramando las cejas cuanto pudo.

—No, no recuerdo.

—Todo se andará, repuso él sonriendo. Deseo hablar con Vd. largamente, y si sus ocupaciones se lo permiten.....

—Muy grato me será el escuchar á Vd., respondi, y así espero se servirá acompañarme y tomará posesion de su casa.

—Lo agradezco; pero me parece más conveniente, á fin de economizar el tiempo, que vayamos al café ó paseo que se encuentre más próximo, y allí tendré el gusto de decir á usted lo que deseo manifestarle.

—Estoy á sus órdenes.

Dicho esto me cedió el jóven la acera haciéndome una cortesía, se asió de mi brazo, y hablando de cosas indiferentes nos dirigimos á la Plaza Nueva, él retorciéndose el bigote, que creia tener, y mirándome de vez en cuando á hurtadillas, y yo atormentando mi imaginacion por averiguar quién era el desconocido y en qué podia consistir lo que de mí deseaba.

Llegamos á la referida Plaza, sentámonos en uno de los bancos de piedra, é invocando yo el santo nombre de Job, esperé que mi acompañante rompiera el silencio.

Miró el joven á derecha é izquierda, como si temiera que otros oídos que los míos pudieran escucharle, y rebuscando entre sus sonrisas la más afable y cariñosa, dijo:

—Nuestro amigo D. Leovigildo Huertas vino al pasado á Sevilla.....

—En efecto, yo le esperé en la estacion.....

—¿No se acuerda Vd.....

—De quién?

—De mí..... Como D. Leovigildo y yo llegamos juntos.....

—Ahora recuerdo..... sí..... no hay duda!.....

usted es del pueblo de D. Leovigildo, y se llama.....

—Alberto de la Encina, para servir á Vd.

—Gracias..... ¿Y qué asunto le trae á Sevilla. señor de la Encina?

—Voy á Madrid á desempeñar un destino.

—¡Hola!..... ¿Y qué destino?

—Aún no tengo colocacion; pero llevo algunas cartas para ciertos personajes, y la obtendré.... A veces las cartas de recomendacion son lo de ménos, y basta con que la persona sea.....

—Yo creo que á Vd. no han de hacer mucha falta esas cartas.

—Yo presumo lo mismo.

—¿Ha sido Vd. antes empleado?

—No, señor. Siempre he creído que el hombre mientras pueda vivir de sus rentas no debe pensar más que en gastarlas alegremente; pero cuando han desaparecido.....

—Cuando han desaparecido se busca un empleo, ¿no es esto?

—Justamente; eso mismo he pensado yo..... y teniendo Vd. relaciones en Madrid.....

—Las tengo.

—D. Leovigildo me manifestó que tal vez usted pudiera colocarme.

—Tengo amigos en Madrid; pero mi influencia es tan escasa, que creo no podré ser útil á usted. Sin embargo, haré cuanto pueda en su obsequio.

—Gracias..... Obtener un destino es fácil..... sobre todo en Madrid.

—En efecto, es muy sencillo.

—Yo no aspiro á un gran sueldo..... Con 12 ó 14.000 reales.....

—No es cosa mayor.

La indignacion me ahogaba al escuchar tanta audacia ó tanta tontería.

—Ya ve Vd., continuó el mozo; el que empieza no debe ser exigente.

—Es verdad. En cambio, añadí yo dispuesto á seguir la corriente, el destino le dará á usted poco que hacer. Usted leerá todos los periódicos que vayan á la oficina y hablará de política con sus compañeros mientras toma el café; y por este trabajo y el de dar cuatro plumadas, vengán ó no al caso, cobrará Vd. el sueldo. Además, cuando alguna persona necesite de sus servicios, le dirá: «Vuelva Vd. otro dia»; y al siguiente, «vuelva Vd. mañana», y al que le sigue, «hoy no puedo ocuparme de lo que Vd. desca», cuyas frases ya están acostumbrados á oír los que frecuentan por obligacion las oficinas.

—Efectivamente.....

—¿Y qué conocimientos posee Vd.?

—Conocimientos.....

—Sí; es preciso que se sirva decirme Vd. las condiciones en que se encuentra, porque como he de recomendarle.....

—Son muy buenas; pero.....

—Usted comprenderá que, aunque el destino

no exige que tenga Vd. grandes conocimientos, yo no puedo recomendar á una persona que sin duda valdrá mucho, pero que no tengo la satisfaccion de conocer.

—Soy huérfano.

—Lo siento.

—Mi padre fué embajador.

—¡Bien!

—Hablo y escribo el frances correctamente.

—¿Y el castellano?

—Cometo bastantes faltas: pero.....

—Eso importa poco; hablar y escribir correctamente el castellano no es preciso en España; en Francia sería otra cosa.

—Tuve un tío senador.

—¡Perfectamente!

—Mi hermana se casó con un brigadier, el cual murió á los pocos meses de haber contraido matrimonio.

—Dios le haya perdonado.

—Además, como mi pueblo está en la costa, poseo algunos conocimientos náuticos.....

—¡Bien, muy bien! Usted vale mucho. Su padre fué embajador, su tío senador y su cuñado brigadier; y además Vd. posee algunos conocimientos náuticos, habla y escribe correctamente el idioma de Racine y medianamente el castellano. Me parece que nada más pueden exigir de Vd., y así creo que obtendrá un buen destino.

—Usted cree.....

—¡Quién lo duda! ¡Usted alcanzará un puesto brillante!

—¿Puedo, pues, ir confiado á Madrid?

—Y al fin del mundo, si es de su agrado. Pues qué, esos empleados que han adquirido el destino y le conservan por sus conocimientos y probidad, ¿saben acaso frances, son hijos de embajadores, sobrinos de senadores y cuñados de brigadieres? ¿Poseen, acaso, nociones de náutica, y escriben mal el pobre idioma de Cervantes? Usted hará lo que no ha hecho nadie, usted será un empleado modelo; tal vez llegue á ministro.

Diciendo estas y otras parecidas y no parecidas cosas, me separé del joven Encina, ofreciéndole mi poderoso apoyo, que no merecía ciertamente ménos una persona que poseía méritos tan singulares y distinguidos.

JOSÉ ESTÉVAN BRAVO.

LA LUNA DE MIEL

(traducción del Lamosín)

BAIADA

—Esposo mio,
¡Por qué resbalan
Por tus mejillas
Ardientes lágrimas?

¿No soy yo el ángel
De tu esperanza?

—También tú lloras.

Y en vano tratas

Guardar tu pena

Dentro del alma.

¿No soy yo el ángel

De tu esperanza?

—¡Triste presagio

Mi llanto causa!

¡Horribles dudas

En mí batallan!

Entero un año

Cumple mañana

De nuestras bodas

Y de mis lágrimas.

Quando del templo

Volvia á casa,

Junto la fuente

Me habló una anciana.

¡Nunca me olvido

De sus palabras!

«Quando la noche

Tienda sus alas,

Las flores cuenta

Que el huerto esmaltan.»

Conté las flores,

Vi que eran tantas,

Cuantas un año

Tiene alboradas;

Las noches todás

Bajo á contarlas,

Y cada noche

Una flor falta.

—Un pobre anciano,

De estas comarcas.

Triste me dijo

Estas palabras.

Quando del templo

Volvia á casa

De nuestras bodas

En la mañana:

«Quando la noche

Tienda sus alas,

Cuenta del cielo

Las luces claras.»

Alcé los ojos

Y conté tantas

Cuantas un año

Tiene alboradas.

Las noches todas

Vuelvo á contarlas,

Y cada noche

Una más falta.

Oscuras nubes

El cielo empapan.....

¡Ay! ni una estrella

Veré mañana!

—Mañana el huerto

No tendrá galas.

Con toda regularidad continuán favoreciendonos los periódicos malagueños *El Museo* y *El Folletín*, por cuya galantería damos las gracias á sus atentos directores. Lo propio decimos de *El Magisterio Balear* y de la revista castellana *Recos del Arlanzon*, cuya primera visita hemos recibido dias pasados.

MADRID, 1875

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE NICOLÁS GONZÁLEZ.

Calle de Silva, núm. 12.

(1) Del libro de D. Luis Mototo *Grandes de arena*.

SECCION DE ANUNCIOS

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

CREMA DE NIEVE

FÁBRICA

Jardines, 5, Madrid.



La aparición de esta nueva y sin rival especialidad de tocador, con base de almendra, ha sido justamente recibida con entusiasmo por las señoras, celosas de la conservación y hermosura de su cutis.

La prensa y muchos médicos también lo han dispensado espontáneamente sus honores.

Leed lo que decía el periódico ilustrado *La Andalucía* de Sevilla en 25 de Octubre último:

La Crema de Nieve, inventada por L. de Brea y Moreno, es uno de esos raros y prodigiosos descubrimientos que por su bondad, baratura y excelentes resultados se acreditan por sí mismos, sin necesidad de que se haga su apología en extensos y pomposos anuncios. La Crema de Nieve, en cuya composición no entran para nada las sales metálicas, hace desaparecer completamente la irritación de la piel del rostro, los granos, las escoriaciones, y hasta las arrugas, dando al cutis un agradable color y dejándolo fresco, limpio, terso y transparente.

Las mujeres que lo usan diariamente se hacen admirar por su blancura natural relativa, por lo sano, aterciopelado de su cutis y limpieza de su cuello.

La hermosura es el don más estimable de la mujer, y el invento á que nos referimos es el agente más eficaz que hoy se conoce en el mundo elegante para producir la belleza y realizar los divinos encantos de la compañera del hombre. También quita lo tostado del frío, del sol, del aire, de la brisa y baños de mar y minerales, las grietas de los pechos, hemorroides, para los bordes de las heridas, erisipela, sabañones, picor de oídos y herpético, escocido de los niños y adultos, los efectos funestos de los malos blancos para el rostro, y toda eflorescencia de la tez y de las manos.

El uso de esta Crema no se limita exclusivamente á las señoras: los caballeros la emplean también después de afeitarse, obteniendo el mismo resultado y evitando la salida de los pequeños granos que se producen por la irritación en las raíces de la barba.

La Crema de Nieve ha tenido tan general aceptación, que su uso se ha hecho indispensable en el tocador de las señoras y en el gabinete de los hombres, y anulando por completo al célebre Cold-cream de los ingleses, que tantos años ha estado en boga.

Precio: 6 y 12 rs. bote, y 2 onza.

Los pedidos por mayor 25 por 100 de descuento, y se dirán á L. de Brea y Moreno, Jardines, 5, Madrid.

Esta Crema es muy superior al Cold-cream, y las señoras ántes de ponerse los polvos de fresa del mismo autor, de 4 y 8 rs. bote, voluptinas ú que más les agraden.

EL SEMANARIO GADITANO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, ARTÍSTICO Y LITERARIO.

Se publica en Cádiz cuatro veces al mes. Pedro Conde; núm. 1, y Novena, 6.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

PARA ESCRITORIO.

TINTAS DE COLORES PRECIOSOS.

Violeta, 5 rs. frasco de 8 onzas.

Azul cielo Alemania, 5 rs.

Verde esmalte, 6 rs., id.

Rojo púrpura, 5 rs., id.

Negra azabache fijo, 4 rs., id.

Negra anglo-alemana, 4 rs., id.

Frasquitos pequeños, á 1 y 2 rs.

Agua quita-manchas de tinta, 2, 4 y 8 rs.

Jardines, 5, Madrid, L. B. y Moreno, inventor.

POLVOS PARA EL ROSTRO.

No más tinturas voluptivas ni blanco de cera para la cara. Los inimitables, inofensivos y baratísimos polvos de fresa, rosa y ambrosía, blanquean y embellecen el cutis de las señoras como ningún otro artículo de tocador conocido.

Son admirables para artistas líricos, coreográficos y dramáticos por su adhesión y permanencia en la piel.

Se usan solos ó haciendo con ellos una nata con crema de nieve que vendemos á 6 y 12 rs. bote y 2 rs. onza, y el resultado es precioso.

Precio: 4 y 8 rs. frasco blancos y 6 rs. rosados; 25 por 100 de descuento por mayor. Jardines, 5, y en 900 perfumerías. Inventor acreditado. Almacén de aceite de bellotas.

PROVEEDOR DE SS. AA. RR.

INFALIBLE CURACION DEL REUMATISMO.



El maravilloso *Acéite de bellotas con sávia de coco*, recomendado por médicos de todos los sistemas y 800 periódicos, lo cura en pocas horas con sólo friccionar-se, mejor y más barato que todos los remedios conocidos hasta el día. Jardines, 5, Madrid, y en 2.500 boticas, droguerías y perfumerías. Precios, 6, 12 y 18 rs. frasco, con mi busto, prospecto y etiqueta rizada, porque hay falsificadores. Pedidos al Inventor, L. de Brea y Moreno. (Valor de dos cuartos basta á veces.)

GRANOS DE ARENA

POR D. LUIS MONTOTO

Se vende en Sevilla, calle de Tetuan, 24.

En Madrid, librerías de los Sros. Durau, Bailly-Bailliere y Leocadio Lopez.

Precio 10 rs.